Decir que Constant no le enseñó á Juárez la verdadera base del parlamentarismo, porque aquél no la entendió, sólo se explica, ó por una rapidez de improvisación que impida al Sr. Bulnes meditar sus escritos, ó por la creencia de que los lectores á quienes se dirige viven intelectualmente en las cavernas del hombre de Neardenthal.—Sin meterme en decidir entre esos dos extremos, puedo asegurar que si Juárez no conoció á derechas más obra que la *Política* de Constant, ese es justamente el único libro que no ha leído el Sr. Bulnes.

La vitalidad del Imperio.

Aunque no falta entre los escritores que han estudiado en sentido europeo este período de nuestra vida nacional, quien haga responsable á Napoleón del fracaso del Imperio Mejicano, ya por considerar que la aventura de Méjico fué debida «á un juicio falso del gobierno francés sobre el éxito de la guerra civil de los Estados Unidos,» ya porque como otros suponen Napoleón echó todo á perder con sus vacilaciones, caracterizándose su acción desde el principio hasta el fin de la empresa, por la ineficacia de los medios empleados; aunque hay quien así piense, es tendencia general de los escritores franceses, y muy especialmente de Masseras y Gaulot, hacer de Maximiliano la víctima expiatoria, suponiendo, con pocos fundamentos ó sin razón, que la pueril volubilidad, la incompetencia política y la ingratitud de Maximiliano para con los franceses, son las causas de su ruina y no las dificultades inherentes á una empresa, para la que como dice Niox, «apenas habrían bastado las fuerzas de un hombre de genio.» Y es natural esta tendencia á exagerar los errores del instrumento de Napoleón y á olvidar, ó por lo menos, á atenuar las responsabilidades del Emperador de los franceses. Incontables, gravísimos, fueron los errores de Maximiliano; pero, ¿qué influencia podían tener en la suerte de una tentativa imposible cuya obra debía fatalmente perecer? Mas no eran los intervencionistas franceses que escribían en Méjico ni los historiógrafos que los han copiado literalmente, quienes podían achacar á otro que no fuera Maximiliano la ruidosa catástrofe de la intervención: cuando salió de Europa el Archiduque aquellos tomaron á su cargo la tarea de profetizar el advenimiento de una nueva era de ilimitadas perspectivas, y cuando más tarde

algunos de ellos escribieron la historia de los acontecimientos que desmienten sus falsas promesas, hubieron de buscar un responsable de sus fracasos.

Masseras, ex-Director de *Le Courrier des Etats Unis* publicó en las columnas de *La Gaceta del Imperio*—lo que dió carácter oficial á su lucubración—un *Programa del Imperio*, que como toda la literatura política con que los franceses tuvieron la dignación de ilustrar nuestras cuestiones nacionales, constaba de dos partes, una teórica en que se explicaba nuestra incapacidad para constituirnos, y otra práctica que indicaba los medios que iban á emplear los redentores de Méjico para salvarlo del infierno revolucionario. No pudiendo prescindir de ciertas tendencias liberales que están más bien en la fraseología que en el pensamiento y en el corazón de los franceses—¡y qué pocos franceses no son sectarios de algún absolutismo!—nos honraba viendo en nosotros un pueblo ardiente, extraviado por prematuras reformas llevadas á término con la ligereza que era de esperar de quien apenas se había desprendido, en mantillas, de la tutela virreinal. Era, pues necesario tutorearnos, dirigir nuestro desarrollo político, suplir nuestras deficiencias y á vuelta de algunos años darnos libertad y declararnos con aptitud para una vida autónoma. Otro francés, Luciano Biart, escribió un folleto, menos conocido, no prohijado oficialmente por el gobierno como el de Masseras, pero más literario, pintoresco, sofístico é insultante para la nación. Biart hablaba melosamente de los mejicanos, de sus virtudes idílicas, llegaba hasta la ternura y las lágrimas compadeciéndose de la suerte del indígena, y afirmaba que el pueblo mejicano alcanzaría las cumbres de la prosperidad, de la cultura y de la dicha, cuando por obra de los europeos dejara de ser presa de los siguientes únicos elementos de disturbio que había en Méjico: el clero, los soldados, los bandidos y los abogados (que eran los *leaders* del partido radical.) Sometido el clero con la desamortización y nacionalización de sus antiguos bienes, disciplinado el ejército y magullado por la mano dura de un poder enérgico, perseguidos los salteadores hasta aniquilarlos y disuelto el directorio que formaban los juaristas, el Imperio entraría á gobernar, contando con la voluntad de la nación que soñaba la paz y la unión de todos los mejicanos en torno de un gobernante ilustrado, progresista, respetuoso de la tradición y enemigo de todo abuso. ¿Qué le faltaba, pues, á Maximiliano para hacer la felicidad de Méjico?—Le faltaba, dicen

los que le auguraron un triunfo completo, ese conjunto de cualidades que constituye al verdadero estadista. Era un sentimental y hacía falta un carácter.

Al estudiar las cuestiones relativas á probabilidades de vida del Imperio Mejicano, hace Pablo Gaulot una distinción natural y conveniente entre las dificultades que podría provocar la hostilidad de las naciones extranjeras, y las interiores, procedentes del estado del país. Las primeras se reducían á las que pudiera oponer la República del Norte contra la cual se dirigía todo el empuje de la expedición mejicana. Ninguna otra nación tenía interés en que abortara el Imperio. Gaulot opina que éste se hallaba á merced de los Estados Unidos, que habrían llegado hasta á declarar la guerra á Francia si hubiera sido necesario obrar así para obtener la retirada de la expedición militar, y que aun sin tocar ese extremo con el reconocimiento del gobierno constitucional, con permitir la introducción de contrabando de guerra y con los subsidios y soldados que recibió Méjico, obligando al ejército francés á prolongar indefinidamente la ocupación, «eternizaban la guerra» y condenaban la obra napoleónica «á un fracaso más ó menos pronto pero seguro.»

No es exacto que la influencia de los Estados Unidos haya producido el efecto de «eternizar la guerra y prolongar indefinidamente la ocupación francesa,» efecto debido á causas que analizaré; no admito que la introducción de contrabando de guerra y los subsidios y hombres de que habla Gaulot, sean lo que él dice; creo como el escritor francés que los Estados Unidos terminada su crisis interior, tenían bajo el incontrastable poder de su diplomacia y de sus armas la frágil construcción francesa edificada en Méjico por Napoleón. Ciertamente, el gobierno de los Estados Unidos pudo haber olvidado no sólo sus tradiciones y compromisos, sino lo que es más serio, sus protestas algo tímidas pero claras y reiteradas contra el imperio de Maximiliano, y lo que era más imponente, haber desestimado la voluntad del pueblo expresada por la voz unánime de sus representantes; pudo haber hecho todo esto con diplomática hipocresía y engañando á la opinión negar al Imperio de Méjico aparentemente el reconocimiento de su existencia legal, y prestarle en secreto su apoyo. Aun obrando así, cosa increíble, sin ejemplo, sin excusa ni objeto, pudo el Imperio haber vivido; pero no hubiera podido jamás ser reconocido por los Estados Unidos, como obra francesa. El éxito del Imperio habría sido entonces para Maximiliano y no para Napoleón. El imperio latino soñado por éste, hubiera sido un cliente de la república sajona. No me aventuro en esta ruta de suposiciones por amor á las sutilezas, tanto más inútiles cuanto más fáciles de discernir las verdaderas causas de los acontecimientos; pero como no es mi propósito hablar solamente de esos acontecimientos, narrándolos y analizándolos, sino que entra tambien en él un estudio de las opiniones que los determinaron, acudo al terrreno á que me llaman las fantasías de los escritores intervencionistas franceses y las del crítico mejicano Sr. Bulnes. Masseras resume sus ideas sobre la posibilidad del Imperio Mejicano, al dar cuenta de la conversación que tuvo con el general norteamericano Banks, en una nota de su libro. «El General Banks, dice, nombrado comandante de las fuerzas federales en Tejas y en las fronteras del Río Grande, dejó traslucir esta preocupación (de una dominación francesa permanente) en una conversación que tuve con él antes de su salida de New York. Después de pedirme pormenores acerca del general Bazaine y de todos los personajes que representaban entonces á Francia en Méjico: Por último, me dijo, ¿creéis que el Emperador Napoleón pretenda adueñarse del país? Yo le contesté que eso no era de suponerse ni de creerse. Entonces, replicó, todo caminará bien.»— Cuando se expresaba así el general Banks acababa de llegar de Washington, á donde había ido á recibir las últimas instrucciones; salía por decirlo así del gabinete de Mr. Seward y del de Mr. Lincoln, Presidente de la Unión.

«Sus palabras podían considerarse, pues, como expresión, no sólo de sus opiniones personales, sino de las de esos dos hombres que dirigían la política americana.» Es por lo menos una ligereza suponer que el primer general admitido á conferenciar con un Presidente y con su secretario de Estado, conozca los secretos diplomáticos, por más que aquel general sea nombrado para desempeñar un puesto de confianza. Las palabras del general Banks no legitiman la conclusión que de ellas deriva Masseras. ¿Entonces todo caminará bien? ¿qué significa esto? Suponiendo que las opiniones de Banks estuvieran en completo acuerdo con las opiniones y con los planes de Lincoln y de su secretario de Estado, era demasiado ambigua la frase del jefe del departamento militar de Tejas para fundar en ella una esperanza. «Todo caminará bien,» podía significar: «No tendremos obstáculos para expulsar á Maximiliano,» ó bien: «Lo sostendremos empleándolo contra los

planes de Napoleón.» Masseras, cuya larga residencia en los Estados Unidos, no había bastado para curarlo de las ilusiones de su «misión militante en un país extranjero,» como Director de *Le Courrier des Etats Unis*, misión cuyo objeto no alcanzo á determinar, ni él da á conocer, dejándonos en la creencia de que no era otra que deleitar á los franceses de América con sus improvisaciones; se había casado con otras ilusiones no menos peregrinas, resultado de su apego exclusivo, á *la misión militante en país extranjero*. Llevó su desenfado hasta decir: «Las dificultades que debía encontrar una tentativa de monarquía en Méjico, no parecían menos grandes de cerca que de lejos, pero se veían bajo un aspecto diferente. La intervención de los Estados Unidos, por ejemplo, que fué el motivo principal de cavilaciones en Francia, desde que comenzó la expedición, no inquietaba en lo más mínimo á los que podían apreciar las verdaderas disposiciones del pueblo americano y de su gobierno.» Conociendo que era muy gordo lo que decía, y que no podía pasar ni por las más anchas tragaderas, quiso atenuar la enormidad, explicándola sofísticamente. «Por paradojal que esto parezca, agregaba, la generalidad de la nación americana creía en el porvenir de la empresa, debido á la confianza que inspiraba entonces la fortuna de Francia, y no sólo, sino que era más bien simpática que hostil, porque Méjico, presa de continuas revoluciones, era un vecino inútil y á veces incómodo, mientras que convertido en un país tranquilo y próspero, podía ser campo fecundo para emprender en él operaciones comerciales.» No es esta la ocasión de desmentir con pruebas concluyentes, pues lo haré en otro lugar, estas palabras que por el hecho solo de no apoyarse en ningún documento, no merecen otro crédito que la fe del autor, muy sospechosa, puesto que no es un testigo que narra, sino un apologista que hace apreciaciones. Mas no sólo veía un sentimiento favorable al Imperio de parte de los Estados Unidos; un interés apremiante los obligaría á reconocerlo, á protegerlo, á aliarse con Maximiliano.

«Sacudiendo su timidez y dejando sus escondites, el dinero salía á luz por primera vez después de mucho tiempo. Lo alentaba el ahinco de los capitales extranjeros que afluían tanto de los Estados Unidos como de Europa. Los proyectos de líneas telegráficas, ferrocarriles, caminos y canales, de colonización y de explotaciones industriales y comerciales, se multiplicaron con ímpetu algo febril. Méjico estaba lleno no sólo de franceses, sino de

ingleses, americanos y alemanes, que aguardaban la instalación del nuevo soberano para *tirar* millones en el país. Detalle importante, que no debemos dejar inadvertido: los millones del Norte de los Estados Unidos eran los que se mostraban más impacientes para encontrar en que invertirse. La perspectiva de realizar beneficios en oro, estando tan depreciado el papel moneda en Nueva York, en donde bajaba más cada día, era un incentivo poderoso para los capitalistas. Ese ardor era doblemente precioso, porque con una cooperación pecuniaria casi ilimitada, debía traer consigo en un tiempo dado, la adhesión política del gabinete de Washington. A esto se agregaba un movimiento de inmigración que partía simultáneamente de todos los Estados de la Unión, movimiento que prometía brazos, inteligencias y la importanción del espíritu de iniciativa que ha producido tantas maravillas en el Nuevo Mundo. La confianza del capital, que es en nuestros tiempos la fuerza más grande que puede desear un gobierno, preparaba, pues, al Imperio la más eficaz de las consagraciones y el más poderoso de los auxiliares.» ¿En dónde se quedaba, aun para el más optimista de los sectarios del Imperio y de la Intervención, aquella espléndida, gloriosa idea de Napoleón III,—*restaurar en América el prestigio de la raza latina*,—creando un gobierno estable por la influencia de Francia? Si el gobierno nacido de la Intervención era sólo posible apoyado por el gabinete de Washington, ¿á dónde iba á dar ese prestigio de la *raza latina* y de qué podía gloriarse el gobierno francés como no fuera de haber dejado,—en el supuesto de Masseras,—un centro político definitivo y respetable con el que se hubiera entendido á maravilla la diplomacia norteamericana para pronunciar un rotundo *boycottage* contra toda tendencia política europea en nuestro continente? Hay cosas que por demasiado sabidas no se recuerdan cuando vienen á cuento. Eso sucede con el proyecto napoleónico en la discusión del tema que analizo. Una de dos, ó el Imperio de Méjico pudo salir airoso y fué una catástfe, sólo por culpa de Maximiliano, ó estaba predestinado á perecer por falta de sólido asiento; si lo primero, tendrá que reconocerse que Napoleón se puso en el caso de trabajar para su adversario, puesto que el único medio de supervivencia consistía en el reconocimiento de la legitimidad del Imperio de parte del gobierno norteamericano, y este no lo habría dado sino sub conditione; si lo segundo, hay que ver en los planes de Napoleón, más bien los datos de una teoría que los cálculos de un estadista. Alguien dirá que pu-

do muy bien haber sucedido que el Imperio de Méjico—á ser posible su existencia por favorecerle los elementos interiores—se habría consolidado sin necesidad del apoyo de los Estados Unidos, si esta nación hubiera quedado fraccionada en dos estados políticos independientes y hostiles, como consecuencia de la guerra separatista. Pudo haber sido así, en efecto, y á eso tendían los deseos, ya que no los actos de Napoleón. Este, dominado por su inerte fatalismo, confió todo el éxito de su empresa á la obra de disolución política que suponía incontrastable, como toda Europa, engañada por el deseo de ver aniquilada á la nación norteamericana. Su primera falta como estadista consistió en haber juzgado ineludible lo que era sólo probable, y lo que en los momentos de la inauguración del Imperio era casi imposible, dada la creciente superioridad de las fuerzas unionistas. La segunda falta consistió en haber hecho siempre las cosas á medias, no aprovechando la debilidad del adversario para rematarlo. Sin dejar de herirlo inútilmente durante el infortunio, lo hizo siempre con altanería y con miedo, atrayendo todas las venganzas de un resentimiento que se alimentaba del deseo de la venganza por las afrentas sufridas y de la saña propia del que sabe que puede azotar impunemente. Si Napoleón hubiera causado males de trascendencia al gobierno de la Unión, éste habría sido sobrio en la reacción, como quien comprende que encontrará resistencia; pero habiendo recibido sólo alfilerazos, su ira no se templó después por la cautela del que trata con un enemigo. Aunque no hubiera sido por cálculo, sólo por pasión antifrancesa, no habría dejado el gobierno de Washington ni una astilla del trono mejicano.

Pero es tiempo ya de responder si pudo vivir, aun con el auxilio extranjero, el improvisado régimen imperial. Discutir esto equivale á discutir si viven las figuras de cera que vemos en las exhibiciones.—No cometeré el error de discutir las posibilidades de vida del Imperio, pretendiendo aislarlo de la Intervención francesa, como lo hace Masseras. El Imperio nació de la Intervención, ó mejor dicho, la Intervención tuvo por fin preconcebido el Imperio, y el origen de aquella y de éste fué la creencia falsa de que el trono se asentaría sobre una mina de oro. Además de las ventajas políticas y mercantiles, Francia obtendría otras dos más inmediatas: en primer lugar, la liquidación de las reclamaciones de sus súbditos, y luego la explotación minera de Sonora—prolongación moderna de la Quivira legendaria. Napoleón,—esto es fundamental,—emprendió la guerra de Méjico, creyendo que no habría guerra y que el papel de sus soldados era hacer saludos á cambio de ramilletes y de aplausos; estableció el imperio contando con su viabilidad financiera. Dos años estuvo en contacto con las rudezas de la situación, y aun hacía sus cuentas tomando como base los datos de Arrangoiz y la proximidad de la cosecha financiera. Fué necesaria esta advertencia brutal de M. Fould para que despertara Napoleón: «Han pasado más de dos años de luchas intestinas,—le decía su ministro de Hacienda,—sin que se haya implantado una sola mejora real ni en lo administrativo ni en lo financiero. Los gastos de guerra y del gobierno, han sido erogados por Francia, ya en forma de subvenciones, ya en forma de empréstitos suscritos en París.» (*)—Se engaña el Sr. Bulnes cuando separando las responsabilidades que corresponden á Napoleón de las que tocan sólo á Maximiliano, supone que éste hubiera podido dar vitalidad á su imperio. ¿Cómo lo hubiera hecho?

Maximiliano tenía de su parte, según nuestro autor, el concurso, activo ó pasivo, de los conservadores, de los liberales, exaltados y moderados, del clero, del ejército, de los pensionistas y de los empleómanos. Pudo haber desprendido su gobierno de la influencia francesa, y convirtiéndolo hábilmente en imperio nacional, americanizarlo y cubrirlo con la bandera de la doctrina Monroe. Todo eso está muy bien; ¿pero el déficit enorme del Imperio? El déficit, en opinión del Sr. Bulnes, corre bajo la cuenta de la ineptitud del archiduque. Este pudo haber apelado al crédito y levantar un empréstito de $200.000,000—de *mil millones de francos*, y navegar venturosamente en ese océano de prosperidad. Nadie podrá negar que un imperio mexicano con mil millones de francos como capital de instalación, hubiera tenido probabilidades muy altas de supervivencia. ¿Pero cuándo hubiera podido lanzarse con fortuna un empréstito de esa cuantía? En 1864 tocaba á Napoleón iniciarlo, y no lo hizo, porque en su manera de entender las cosas de Méjico no hacía falta una cantidad tan fuerte para instalar el nuevo estado monárquico. En 1865, ya era tarde para coger incautos, como voy á demostrarlo con la simple narración de los hechos.

(*) Carta de M. Fould á Napoleón. *Papeles y correspondencia de la familia imperial*, II, 73-77. Cita del estudio titulado: *Causas de la retirada del ejército francés*, que se publicó en *Annual report of the American Historical Association.* (1902).